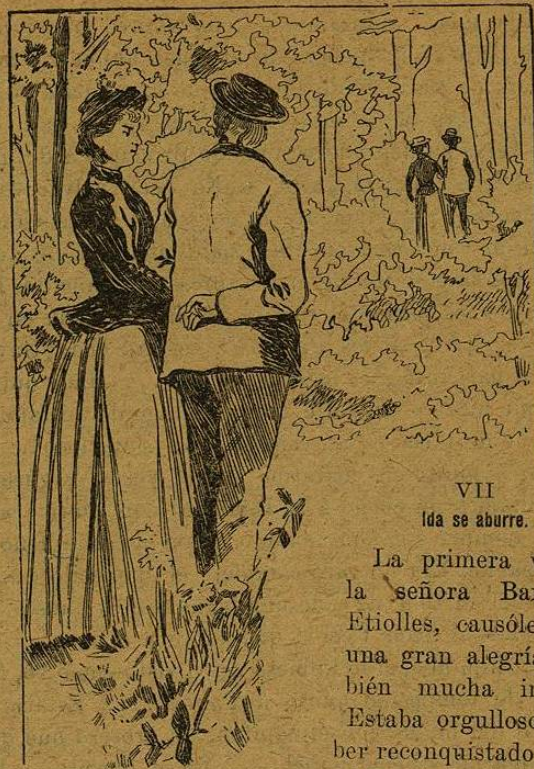


Ida bajaba al gabinete de lectura de la señora Levéque...



VII

Ida se aburre.

La primera visita de la señora Barancy á Etiolles, causó á Jack una gran alegría y también mucha inquietud. Estaba orgulloso por haber reconquistado á su madre, ¡pero la veía tan loca, tan charlatana, tan imprudente en sus gestos y palabras! Temía el juicio que acerca de ella formulara Cecilia, esa luz imprevista, esas adivinaciones tan rápidas y tan severas, que surgen en los espíritus jóvenes, aun acerca de cosas que ellos ignoran. Los primeros instantes de la entrevista le tranquilizaron un poco. Fuera del tono enfático con que Ida llamó á Ceci-

lia "hija mía," abrazándola, todo estuvo bien; pero cuando, bajo la influencia de un buen almuerzo, hubo la señora de Barancy dejado su tono grave para volver al tono alegre de la mujer fácil que se ríe para que pueda verse su dentadura; cuando principió á devanar sus historias extravagantes, sintió Jack volver todos sus temores. Y justamente la alegría y la emoción la ponían en vena de aventuras, manteniendo á los auditores bajo la emoción de una sorpresa permanente. Hablaban de los parientes que el Sr. Rivals tenía en los Pirineos. "¡Ah, sí, los Pirineos!, suspiró ella. ¡Gavarnie, las gargantas, el mar de hielo!... Hace quince años que hice yo ese viaje, con un amigo de mi familia, el duque de Casares, un español. ¡Vaya un loco!... Estuvo á punto de matarme veinte veces. Figúrense que salíamos en coche á la Daumont con cuatro caballos, y siempre á galope tendido, y con el coche lleno de Champagne. Era un raro completo el duquecito ese... Le conocí en Biarritz y de una manera muy chusca."

Después al decir Cecilia que adoraba el mar:

"¡Ay, hija mía, si lo hubiese usted visto como yo, una noche de tempestad junto á Palma!... Estaba en el salón del buque con el capitán, un grosero que quería obligarme á beber punch... Yo no quería... Entonces el miserable se vuelve loco de ira, abre una ventana, me coge por el pescuezo, pues era un hombre muy fuerte, y me tenía suspendida sobre el agua, con la lluvia, la espuma, los relámpagos... ¡Horror!"

Trataba Jack de cortar aquellas peligrosas digresiones; pero siempre se reanudaban por algún sitio, semejantes á esos reptiles cuyos anillos están llenos de vida y se renuevan á pesar de las mutilaciones.

Mas no por eso dejaba Cecilia de tratar á la madre de su amigo con cariñoso respeto, algo inquieta, únicamente, al ver á Jack tan preocupado aquella mañana. ¿Que le pasaría al desgreciado, en el momento de principiar á dar su lección, cuando oyó á la joven decirle á su madre: "¿Si bajásemos al jardín?" Nada más natural; pero el pensar que estarían solas, le llenó de un indecible terror.

¿Qué le contaría Ida!... Y mientras explicaba el doctor, veíalas andar una al lado de la otra en el caminito de la huerta. Cecilia, delgada, esbelta, sobria de gestos, como todas las mujeres verdaderamente elegantes, acariciando con su falda color de rosa los tomillos que bordeaban el camino. Ida, majestuosa, hermosa aún, pero exuberante de atavío, de actitudes. Con una gorra de plumas, resto de sus antiguos esplendores, daba saltitos haciendo la muchachita, y de repente se detenía para ejecutar un gran ademán en redondo, que seguía su sombrilla abierta.

Hablaba sola; y mientras la escuchaba, alzaba de cuando en cuando Cecilia su linda cara hacia la ventana en donde se le aparecían, inclinadas una hacia otra, la cabeza ensortijada del discípulo y la cabellera blanca del profesor. Por primera vez parecióle á Jack que era muy larga la lección, y no quedó contento hasta que pudo recorrer los caminos del bosque, con su novia ligeramente apoyada sobre su brazo. ¿Conocéis por experiencia ese empuje maravilloso que le da la vela al buque, que le hace volar, hender la corriente, la brisa? Aquello era lo que el enamorado sentía al estrechar bajo el suyo el brazo de Cecilia; entonces las dificultades de la vida, los obstáculos de la carrera que él em-

UNIVERSIDAD DE LEÓN
5
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

prendía, estaba seguro de atravesarlo todo con aire de vencedor, ayudado por una influencia reconfortante que se cernía por encima de él en esas regiones misteriosas en que desencadena sus tormentas el destino. Pero aquel día la presencia de su madre turbaba aquella deliciosa impresión.

Ida nada sabía del amor: lo veía ridículamente sentimental ó bien en alegre juerga. Soltaba, al designarle los enamorados al médico, risitas atrevidas, exclamaciones picarescas, ó bien se apoyaba sobre su brazo, con largos suspiros de órgano expresivo: "¡Ah, doctor, qué cosa tan hermosa es la juventud!" Mas lo peor de todo eran las susceptibilidades que se le ocurrían súbitamente sobre las conveniencias sociales; llamaba á los jóvenes pareciéndole que se alejaban demasiado: "¡Niños, no vayáis tan lejos.... que los veamos á ustedes.... Y soltaba miradas singularmente significativas.

Dos ó tres veces sorprendió Jack una mueca del buen doctor. ¡Bien claro estaba que le aburría! Pero á pesar de todo, estaba tan hermoso el bosque, Cecilia tan completamente afectuosa, mezclábanse tan bien las palabras que decía con el murmullo de las abejas y el ruido de los moscardones en lo alto de los robles, á las charlas de los nidos y de los riachuelos en las hojas, que poco á poco el pobre muchacho acabó por olvidar á su terrible compañero. Mas no había tranquilidad duradera con Ida; siempre había que temer algún estallido.

Los paseantes se detuvieron un momento en casa del guarda. Al ver á su antigua ama, confundióse la señora Archambauld en saludos, en cumplimientos de

(oda especie, sin siquiera preguntar por el señor, pues su malicia de labriega le decía que no había que nombrarlo. Pero la vista de aquella buena mujer, mezclada durante tanto tiempo á la vida común, fué desastrosa para la antigua señora D'Argenton. Sin querer probar la merienda que apresuradamente preparaba la señora Archambauld en la sala, levantóse de repente y tomó sola el camino de Aulnettes á grandes pasos, como si alguien la llamase. Quería ver de nuevo "Parva domus."

La torrecilla de la casa estaba cubierta de parra y de hiedra, que la encerraban, la aprisionaban de arriba abajo. Sin duda estaba ausente Hirsch, pues estaban cerradas todas las persianas y reinaba completo silencio en el jardín. Detúvose Ida un momento escuchando cuanto le decían aquellas piedras mudas, pero tan elocuentes; luego cortó una rama de clemátide que arrojaba del otro lado de la pared millares de estrellitas blancas, y la aspiró largo tiempo, con los ojos cerrados sentada sobre los peldaños del umbral.

—¿Qué tienes?, le preguntó Jack, quien, muy inquieto, hacía un rato que la buscaba.

Y contestó ella, con la cara inundada de lágrimas:

—No es nada.... un poco de emoción. ¡Tengo tantas cosas encerradas ahí!....

La verdad es que con su silenciosa melancolía, con la inscripción latina encima de la puerta, la casita aquella semejábese á una tumba.

Secó Ida sus lágrimas, pero ya no volvió á reaparecer su alegría. En vano Cecilia, á quien le habían dicho que estaba la señora D'Argenton separada de su marido, trató de borrar con sus caricias aquella penosa

impresión; en vano trató Jack de interesarla con sus hermosos proyectos de porvenir para distraerla de los años transcurridos.

—Mira, hijo mío, decíale ella al volver por la noche á la estación de Ivry: no te acompañaré mucho por aquí. He padecido demasiado; está muy reciente la herida.

Su voz temblaba al hablar.

De modo que, á pesar de lo que aquel hombre le había hecho pasar, después de las humillaciones, de los ultrajes que de él había recibido, aún le quería, todavía no había podido olvidarle.

Pasaron muchas semanas sin que asomara Ida por Etiolles, y tuvo Jack que dividir su día de vacaciones, dándole la mitad á Cecilia, pero renunciando á lo más grato de aquellas entrevistas: á los paseos por el bosque, á las buenas charlas que tenían lugar al caer el día sobre el rústico banco de la huerta para volverse á París, en donde le esperaba su madre con la mesa puesta. Tomaba los trenes de por la tarde, desiertos y abrasando, pasando de la tranquilidad del campo á la animación de los domingos en los arrabales. Los ómnibus llenos, las aceras invadidas por las mesas de los cafés, en donde familias enteras, el padre, la madre, los chiquillos, sentábanse delante de los vasos de cerveza y de los periódicos ilustrados; gente allí parada, mirando por encima de la fábrica de gas un enorme globo amarillo que subía, formando toda aquella muchedumbre singular contraste con lo que él acababa de dejar, y que le dejaba como aturdido y desconsolado. En la calle de Panoyaux, más desierta, hallaba otra vez costumbres de provincia, juegos de volante delante de

las puertas y en el patio de la gran casa silenciosa, y el portero con algunos vecinos, sentados en sillas y saboreando el fresco producido por riegos frecuentes.

Generalmente, cuando él llegaba estaba su madre hablando en el pasillo con el matrimonio Levindré.

Belisario y su mujer, que salían todos los domingos de doce de la tarde á doce de la noche, de buena gana se hubieran llevado á la señora de Barancy; pero avergonzábase ésta de exhibirse con aquellas pobres gentes, y gustábale mucho, además, la compañía de aquella pareja de obreros perezosos y charlatanes.

La mujer de Levindré, costurera de oficio, esperaba desde hacía dos años, para ponerse á trabajar, que pudiera comprar una máquina de coser, en seiscientos francos; ¡seiscientos francos, ni un céntimo menos! En cuanto al marido, amo antes de una tienda de joyería, decía que no quería trabajar sino por cuenta propia. Con algunos socorros que los parientes de uno y de otro les proporcionaban, iba trampeando aquel matrimonio, verdadero nido de rencores, de revueltas, de quejas contra la sociedad.

Ida se entendía muy bien con ellos, doliéndose de su miseria, dándose hartazgos de admiraciones, de adulaciones prodigadas por aquellos individuos, que esperaban sacarle los seiscientos francos de la máquina de coser, ó la cantidad necesaria para instalar un comercio de joyería, pues habíales dicho ella que estaba en un apuro momentáneo, pero que el día que á ella le diera la gana, volvería á ser muy rica.

Aquel obscuro y estrecho pasillo, ¡cuántos suspiros, cuántas confidencias oyó!....

—¡Ah, señora Levindré!....

—¡ Ah, señora de Barancy!

Y el señor Levindré, que había inventado todo un sistema político, lo desarrollaba en frases grandilocuentes, mientras que desde la perrera en que dormía el "Compañero" su borrachera, subía un ronquido sonoro y monótono. Mas también los Levindré iban á veces el domingo á ver unos parientes, á ciertos amigos, ó bien asistían á comidas de francmasones, lo cual les ahorraba gasto.

Aquellos días, para huir del aburrimiento, de la melancolía y de la soledad, bajaba Ida al gabinete de lectura de la señora Levéque, en donde estaba Jack seguro de hallarla.

Aquella tiendecita pobre, llena de libros con forro verde que despedían un olor húmedo, estaba totalmente atestada de revistas, de antiguos periódicos ilustrados, con grabados de modas en el escaparate, y sólo recibía un poco de aire y de luz de la puerta abierta. Allí vivía una vieja, archivieja, pretenciosa y sucia, que se pasaba el día haciendo cintajos de los que llevaban nuestras bisabuelas. Parece ser que la señora Levéque había conocido días mejores, y que en tiempo del primer Imperio era su padre un personaje de consideración: algún ujier de la Corte ó conserje de Palacio. "Soy nieta del duque de Dantzínck. . . ." decía á Ida con énfasis. Era aquella mujer uno de esos viejos campeones de las cosas pasadas, que sólo se hallan en los barrios excéntricos, arrojados por el perpetuo oleaje del París moderno. Semejante á los polvorientos libracos de su tienda, con dorso de lustrina, todos incompletos ó rotos, estaba su conversación llena de esplendores

románticos y desdorados. El deslumbramiento de aquel reino mágico, del que sólo había visto el final, habíale dejado en la vista como la visión de un espejismo, y sólo la manera de cómo decía "los señores mariscales," representaba todo por un desfile de penachos, de bordados, de agujetas, de sombreros rodeados de armiño blanco. ¡ Y las anécdotas sobre Josefina, los chistes de la mariscal Lefèvre! . . . Había, sobre todo una historia que la señora Levéque contaba aún mejor y con más frecuencia que las demás; era el incendio de la embajada de Austria, la noche del famoso baile dado por la princesa de Schwartzberg. Toda su vida quedó alumbrada por el reflejo de aquel célebre incendio, y en aquella llama veía ella pasar los brillantes mariscales, las damas con talle alto, descotadas, con peinados griegos ó romanos, y el Emperador con frac verde y calzón blanco, llevando en sus brazos, por el jardín ardiendo, á la señora de Schwartzberg desmayada.

Con su manía de nobleza, hallábase bien Ida junto á aquella vieja loca. Y mientras estaban allí sentadas en el obscuro tenducho, haciendo sonar nombres de duques, de marqueses, cual anticuarios ordenando cobres antiguos ó alhajas rotas, entraba un obrero á comprar un periódico de cinco céntimos, ó alguna mujer del pueblo, impaciente por saber la continuación de un folletín, venía á ver si había ya salido éste, y daba sus diez céntimos, privándose de su rapé si era vieja, y del manojo de rábanos de su almuerzo si era joven, para devorar las aventuras de "El Jorobado" ó de "Monte Cristo," con esa hambre de lecturas románticas que distingue al pueblo de París. Por desgracia, tenía la señora Levéque nietos sastres, para libreas del Arrabal San

Germán—"sastres de la nobleza," como ella decía,— que la convidaban á comer cada quince días; y para pasar el domingo no tenía entonces otro remedio la señora de Barancy que el recorrer los tomos de la tenducha, un montón de ejemplares descabalados, ajados, manchados por todos los dedos del arrabal y conservando entre sus hojas migas de pan ó manchas de grasa, que probaban que los habían leído comiendo. Aquellos libros contaban perezas de muchachas de vida alegre, ocios de obreros y hasta pretensiones literarias, pues muchos tenían en sus márgenes apuntes con lápiz, notas extravagantes.

Quedábase allí sentada y sola delante de la ventana, leyendo sus novelas hasta que se mareaba. Leía para evitarse pensar y sentir. Fuera de su centro en aquella gran casa obrera, las ventanas laboriosas que tenía enfrente de ella no le causaban, como á su hijo, una excitación al trabajo, sino un cansancio mayor, un descorazonamiento más amargo. La mujer siempre triste que sin cesar cosía junto á la ventana, la pobre vieja que decía "los que están en el campo con un tiempo semejante..." aumentaba su aburrimiento con su queja muda ó formulada. La pureza del cielo, el calor del verano, sobre todas aquellas miserias, presentábanse **las más negras, así como la ociosidad del domingo**, en el que sólo se oían las campanas de la iglesia, mezcladas con los silbidos de las golondrinas, pesábanle con su silencio y su tranquilidad. Y ella recordaba sus paseos de otro tiempo, paseos en coche, jiras campestres que se le aparecían doradas por el sentimiento como por una puesta de sol desaparecida. Pero los años de Etiolles, **más recientes**, le causaban una herida mucho

más viva. ¡Oh, qué hermosa vida, con sus alegres comidas, la chillería de los convidados al bajar del coche, las largas veladas sobre la terraza italiana, y EL, de pie contra un pilar, con la frente alzada y el brazo tendido, recitando á la claridad de la luna:

Yo creo en el amor como creo en Dios!

¿En dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Cómo no le había escrito desde hacía tres meses que estaba sin saber de ella? Entonces el libro se le caía de las manos y permanecía pensativa, con la mirada vaga, hasta que volvía su hijo, á quien trataba ella de sonreír. Pero él adivinaba en seguida el desorden de su estado moral, por el desorden del cuarto, por la desidia de aquella mujer, antes tan coqueta, y que arrastraba ahora por la buhardilla un peñador sucio y babuchas indolentes. Nada había preparado para la comida:

—Ya ves, no he hecho nada. Este calor mata. Y luego, estoy tan desanimada....

—¿Y por qué? ¿No te hallas bien conmigo? Te aburres, ¿verdad?

—No, no me aburro.... ¡Aburrirme contigo, mi Jack!

Abrazábale ella con pasión, tratando de agarrarse á él para sustraerse al abismo en que se sentía desaparecer.

—Vamos á comer fuera, decía Jack.... eso te distraerá.

Pero faltábale á Ida la distracción suprema de poder vestirse con riqueza, de poder sacar del armario en donde quedaban colgados sus lindos trajes de otro tiempo,

demasiado coquetones, demasiado excéntricos para su situación presente, y cuyo lujo pedía el de un coche, ó por lo menos un barrio muy distinto. Vestíase tan modestamente como podía para aquellos paseos por calles pobres. Pero á pesar de todo, siempre había en su traje algo llamativo: la abertura de su corpiño, los rizos de su cabello, los grandes pliegues de sus enaguas; y Jack afectaba á propósito un porte de hombre bonachón, protegiendo con toda su seriedad aquella madre que se ostentaba como una querida.

Ibanse entre aquellas largas hileras de burguesillos, de obreros con ropa dominguera, andando despacito, unos detrás de otros, por calles y bulevares cuyos letreos conocían ellos letra por letra; mezcla de caras honradas y de aposturas grotescas, levitas que suben hasta el pescuezo, chales que bajan hasta la espalda, trajes fuera de moda, exhibidos únicamente aquel día de domingo, sinónimo de reposo y de paseo, y que llena toda la ciudad de un vaivén, de un murmullo de muchedumbre que se esparce por todos lados después de una fiesta de fuegos artificiales.

Nótase, en efecto, algo de ese cansancio en el final del domingo, final ya obscurecido por la preocupación del día siguiente.

Jack y su madre seguían la ola viviente; parábanse en una fondita de Bagnolet ó de Romainville y comían melancólicamente. Hacían por hablar juntos, por mezclar sus ideas; pero esa era la gran dificultad de su existencia en común. Desde tanto tiempo como hacía que vivían lejos uno de otro, harto distinta había sido la suerte de ambos. Si se sublevaban las delicadezas de Ida ante el grosero mantel del fonducho, apenas

lavado de antiguas manchas de vino; si limpiaba con asco su vaso y su cubierto, Jack casi no se daba cuenta de los descuidos del servicio, acostumbrado desde hacía largo tiempo á todas las repugnancias que trae consigo la pobreza. En cambio, su espíritu elevado, su inteligencia cada día más ensanchada, extrañábanse de la vulgaridad de su madre, ignorante, sí, pero instintiva antes, falseada ahora por su larga estancia en medio de los Fracasados. Tenía frases típicas, maneras de hablar tomadas de D'Argenton, un tono pedante y áspero en todas las discusiones que ambos tenían: "Pues yo.... pues yo...." Siempre principiaba así, y acababa con algún gesto desdeñoso, que significaba claramente: "Demasiado buena soy en meterme á discutir contigo, pobre obrero...."

Merced á este milagro de asimilación que hace que al cabo de algunos años de matrimonio se parezcan el marido y la mujer, asustábase Jack al ver sobre el hermoso rostro de su madre expresiones del "enemigo;" hasta aquella sonrisa puntiaguda, espanto de su infancia tan variada. Nunca escultor manejando una arcilla dócil, la moldeó mejor que aquel falso poeta, atormentado de dominación, había moldeado á aquella débil mujer.

Después de la comida, uno de sus favoritos paseos durante aquellas largas tardes de verano era el jardín de las Alturas de Chaumont, que acababan de terminar; jardín inmenso y melancólico, improvisado en las antiguas alturas de Mont-faucon, adornado de grutas, de cascadas, de galerías, de puentes, de precipicios, de ramas de pinos rodando por las pendientes. Aquel parque tenía un lado artificial y romántico, que le hacía á

Ida de Barancy el efecto de un parque grandioso. Dejaba arrastrar su vestido con delicia sobre la arena de los caminos; admiraba los macizos de plantas exóticas, las ruinas, en las que de buena gana hubiera ella grabado su nombre. Y cuando se habían dado un buen paseo, subían á sentarse en lo alto sobre un banco, dominando la vista admirable que se ofrece desde aquellas alturas. Un París azulado, envuelto en polvo flotante, extendíase á su pies. Una cuba gigante, despidiendo vapor y rumores confusos. Los cerros que envuelven los arrabales formaban en aquel vapor como un círculo inmenso, unido al antiguo Montfaucon por Montmartre y el Péro-Lachaise.

Más cerca de ellos tenían el espectáculo de la alegría popular.

En los caminos revueltos, entre las plazoletas del jardín, los tenderillos de levita, guantes y sombrero de copa, circulaban alrededor de la música; mientras que arriba, en lo que quedaba de los antiguos cerros, entre el césped calvo y el suelo color de ocre rojo, familias de obreros desparramados como un gran rebaño en las faldas del monte, corrían, se revolcaban, se dejaban escurrir por la pendiente, echaban cometas, con gritos lanzados en una atmósfera sumamente sonora, por encima de la cabeza de los paseantes. ¡Cosa extraña! Ese magnífico jardín, dispuesto en pleno barrio obrero, un halago del Imperio á los habitantes de La Villette y de Belleville, parecíales demasiado afinado, y lo dejaban por sus antiguos cerros, más escabrosos, más campestres.

Ida miraba aquellos juegos con cierto desdén, y también allí su actitud, la languidez de su cabeza sobre su

mano abierta, los arabescos de su sombrilla sobre la arena, todo decía: “¡Cuánto me aburro!”

Sentíase Jack muy insuficiente ante aquella persistente melancolía; hubiera querido conocer alguna familia honrada, y no demasiado vulgar, en la que hallara su madre mujeres á quienes confiar todas las puerilidades de su espíritu. Una vez creyó hallar lo que buscaba. Era justamente en el jardín de las Alturas de Chaumont, un domingo. Delante de ellos andaba un buen viejo, de aspecto rústico, encorvado, con chaqueta parada, escoltado de dos niños, hacia los cuales se inclinaba con ese interés y esa paciencia inalterable que sólo tienen los abuelos.

—Yo conozco esas trazas, decíale Jack á su compañera. ¡Pues ya lo creo!... No me equivoco.... Ese es el señor Roudic.

El señor Roudic, en efecto; pero tan envejecido, tan caído, que el antiguo aprendiz de Indret le reconoció, sobre todo, por la muchachita que andaba á su lado, cuadrada, mofletuda, fabricada á trompicones: una reducción de Zenaida, mientras sólo le faltaba al niño un kepis de aduana para parecerse del todo al Sr. Mangin.

—¡Hombre! ¡El nene!... díjole el buen hombre á Jack, que se acercaba á él, y tuvo una triste sonrisa que iluminó su cara, poniendo de manifiesto todos los estragos del sufrimiento.

Entonces notó Jack que llevaba una ancha gasa en el sombrero; y temiendo recrudecer recientes dolores, no se atrevía á preguntarle por nadie, cuando á un recodo del camino apareció Zenaida, más maciza que nunca, ahora que había cambiado su falda de gruesos plie-

gues por un verdadero vestido, y su cofia por un sombrero parisiense. Una facha; ¡pero tan buena!.... Iba del brazo del Sr. Mangin, el antiguo sargento, que había ascendido y estaba ahora en las aduanas de París, y cuyo uniforme, de paño fino, tenía galones de oro en las mangas. ¡Qué orgullosa estaba Zenaida de aquel bonito oficial! ¡Cuánto parecía quererle á su Mangin, á pesar de parecer tratarle á trompicones, contestando por él á cada momento! Además, preciso es creer que á Mangin le gustaba ser tratado así, pues tenía una cara de felicidad, expansiva, y su manera de mirar á su mujer denotaba que si hubiese de recomenzar, ahora que la conocía, la tomaría sin dote.

Jack presentó á su madre á todas aquellas buenas gentes; y como andaban en dos grupos:

—¿Qué ha sucedido? preguntóle en voz baja á Zenaida. ¿Acaso Clarisa?....

—Sí, murió hace dos años, de una manera espantosa: ahogada en el Loira.

Y añadió Zenaida, bajando la voz:

—Al padre le decimos que fué un accidente; pero usted que la conocía, Jack, bien sabe usted que no murió por un accidente, sino que ella misma se mató, porque ya no veía á su nantés.... ¡La verdad, hay hombres.... ¡No sé lo que le dan á uno en la bebida!...

Estaba lejos de sospechar la buena Zenaida que al hablar así, atormentábale el corazón á Jack, el cual miraba á su madre suspirando.

—¡Pobre señor Roudic! continuó Zenaida; también creímos que él le seguiría.... Y eso que nunca ha sospechado la verdad; que si la sospecha.... Cuando trasladaron á París al Sr. Mangin, le trajimos con nos-

otros, y vivimos todos juntos en la calle de las Lilas, en Charonne, una callejuela en la que no hay más que jardines, junto al cuartel de la Aduana.... Vendrá usted á verle, ¿verdad Jack?.... Bien sabe usted que siempre quiso mucho á su nene.... Quizás consiga usted hacerle hablar. A nosotros nunca nos dice una palabra.... Sólo los niños le divierten, le interesan. Pero acerquémonos; ya ha mirado dos ó tres veces de este lado. Sospecha que hablamos de él, y eso no le gusta.

Ida, que estaba en gran conversación con el señor Mangin, se detuvo de repente al ver á Jack junto á ella. ¿Qué decía ella tan interesante? Una palabra del señor Roudic le puso en seguida al corriente.

—¡Hombre, sí, charlaba bien, y se aficionó mucho al pastel de centeno!

Comprendió que se trataba de D'Argenton. Pidiéronle á Ida noticias de su marido; y, feliz al poder hablar de él, extendióse sobre aquel interesante asunto. El talento del poeta, sus luchas artísticas, la alta situación que ocupaba en la literatura, los asuntos de dramas ó de novelas que revolvió en su cerebro, todo lo contó ella, todo lo analizó, mientras los demás la escuchaban por cortesía, sin entender una palabra. Separáronse con promesa de verse de nuevo.

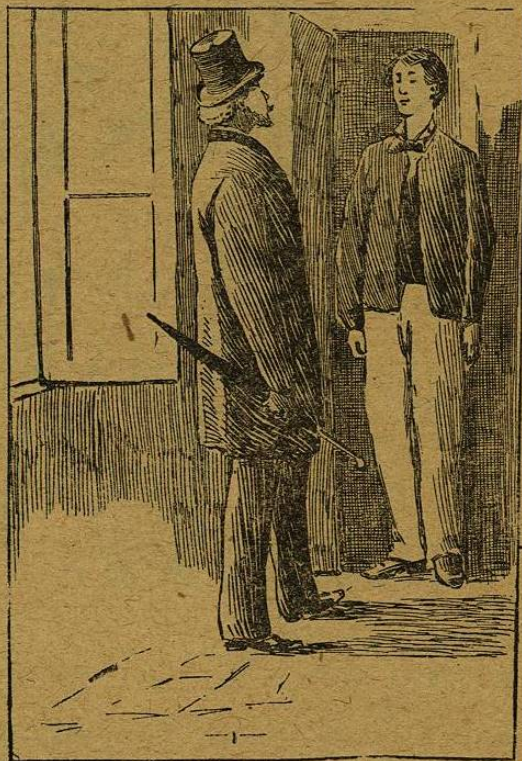
Estaba Jack contentísimo por haber hallado á aquellas buenas gentes, de trato más agradable para su madre que los Levéque y los Levindré, y de una condición social algo superior á la pareja Belisario. Fué, pues, á su casa algunas veces con Ida, y halló de nuevo, en un estrecho cuartito de suburbio, las conchas, las esponjas, los hipocampos sobre la chimenea, como

en Indret, y los grabados de santos del cuarto de Zenaida, y el grueso armario con sus adornos de hierro: todo un interior bretón expatriado junto á las fortificaciones, con una ilusión de campiña en torno suyo. Gustábale estar en aquel lugar honesto y de una limpieza de provincia. Pero no tardó en notar que su madre se aburría con Zenaida, demasiado trabajadora, demasiado positiva para ella, y que allí, como en todas partes á donde la llevaba, perseguía la misma melancolía, el mismo malestar que expresaba ella con estas tres palabras:

—¡Huele á obrero!

La casa de la calle de Panoyaux, el pasillo, el cuarto que ella ocupaba con su hijo, el pan que comía, todo le parecía impregnado de un olor y de un gusto especiales, de ese aire viciado de los barrios pobres que las acumulaciones de pueblo, los humos de taller, el sudor del trabajo, mantienen en ciertas partes de las grandes ciudades. “¡Huele á obrero!”

Si abría ella su ventana, hallaba ese olor en el patio; si salía, aportábale la calle, en sus bocanadas malsanas; y las gentes á quien ella veía, su mismo Jack cuando volvía del taller con su blusa manchada de aceite, exhalaban aquel mismo olor miserable que se apoderaba de ella, penetrándola de una inmensa tristeza, de ese descorazonamiento, causa de los suicidios.



Hallóse frente á frente con Jack..